

PREJUICIO, ESTEREOTIPO Y DISCRIMACIÓN: UN ANÁLISIS CONCEPTUAL A PARTIR DEL CASO DE LA “APOROFOBIA”

Marcelo Gustavo Andrade de Souza

Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro

Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico – CNPq – Brasil

Universidad de Valencia

RESUMEN:

¿Cómo se relacionan los prejuicios generalizadores del tipo “*los pobres son perezosos*”, con sentimientos de miedo o asco hacia los pobres y prácticas sociales de marginalización de los más débiles económicamente? El objetivo de esta comunicación es hacer una distinción entre los prejuicios, los estereotipos y las discriminaciones, destacando y desvelando sus elementos racionales, emocionales y de comportamiento. Busca mostrar también como la exclusión de los más débiles se construye socialmente a través de una falta de reflexión entre elementos del pensamiento, del sentimiento y del comportamiento, en los cuales todos estamos, de una manera u otra, involucrados. Partiendo de la conceptualización de “*aporofobia*” – forjada por Adela Cortina (2000) y profundizada por Emilio Martínez (2002) – como rechazo o temor al pobre, al desamparado, al que carece de salidas, de medios o de recursos, esta comunicación intenta entender y desmontar los más comunes argumentos de objeción presentados para la elaboración y la implementación de una renta básica de ciudadanía. Para ejemplificar la comunicación, se recurre a algunos casos que envuelven la realidad brasileña y los actuales programas “*Hambre Cero*” y “*Beca Familia*”, del presidente Lula.

PALABRAS CLAVES:

Prejuicio – Discriminación – Aporofobia – Renta Básica – Brasil.

1 – INTRODUCCIÓN:

La exclusión social – como sinónimo de rechazo, apartamiento, alejamiento – es un tema tan antiguo como complejo en nuestras sociedades, pues involucra distintas y profundas dimensiones de la vida, tales como: una *dimensión personal* que, en general, queda marcada por una baja autoestima de aquellos que la sufren; una *dimensión comunitaria*, en la cual, no es raro, que los más débiles sean el blanco de las bromas, anécdotas, ironías y burlas; una *dimensión social* que se revela en la jerarquía de grupos

que imponen su manera de ver el mundo como la mejor o la más correcta y los otros grupos, en consecuencia, son considerados como raros, extraños, inferiores, a causa de sus distintas maneras de vivir; una *dimensión política*, en la cual se observa grupos que poseen más poder para garantizar tanto sus derechos cuanto algunos (o muchos) privilegios y otros que se quedan totalmente fuera del sistema de participación y garantías de los derechos más básicos; una *dimensión histórica*, en la cual constatamos grupos que están en una situación de marginalidad al largo de los siglos, tales como las mujeres, los negros, los homosexuales; entre otras tantas dimensiones de la vida: cultural, económica, jurídica, medios de comunicación, mundo del trabajo y de las profesiones etc.

La exclusión social, además de tantas y tan distintas dimensiones, posee su faceta inmoral, pues ella siempre involucra situaciones de injusticia. Y ante de ello el pensamiento filosófico no puede dar la espalda. La ética – como filosofía moral, o sea, como fundamentación razonable del fenómeno moral – puede y debe ofrecer su colaboración para que se de una mejor comprensión de la discriminación, sus diferentes dimensiones, sus cimientos y sus consecuencias. Además, nada es más específico en la filosofía que aclarar el sentido de los conceptos.

2 – PONIENDO LÍMITES EN LOS CONCEPTOS

Con el objetivo de poner la exclusión social en cuestión, procuraré “*re-desvelar*” algunas ideas que están “*congeladas*” bajo tres conceptos que rodean nuestro tema, a saber: *prejuicio*, *estereotipo* y *discriminación*. Estos conceptos están profundamente correlacionados con una visión del mundo que, en verdad, le da los cimientos necesarios para el funcionamiento de su lógica interna. Intentaré mostrar como una manera de verse en el mundo y en la relación con los otros marca, de una manera muy fuerte, nuestra costumbre de rechazar aquellos que son diferentes. Esa visión de mundo es llamada *etnocentrismo*.

2.1 – Etnocentrismo.

Según Everardo Rocha (1984), el “*etnocentrismo*” es una visión del mundo en la cual uno toma su grupo como el centro de todo y a partir de esta visión todos los demás grupos son evaluados. Si importa la etimología de las palabras, podemos acordarnos que del griego “*etno*” significa “*grupo, clan, tribu o familia*”, que

añadiendo la terminación “*centrismo*” se queda obvio su significado original: “*mi grupo al centro*”. Lo que sigue también es bien claro: “*los demás grupos a la margen*”.

Así, los otros grupos son pensados a partir de los valores, de los modelos, de los criterios de cierto y errado, de bien y mal, de justo e injusto, del grupo que se considera el centro. Además de poner en el centro un determinado grupo, “*el nosotros*”, el etnocentrismo descalifica los demás grupos, funcionando como un pensamiento binario, donde “*el nosotros*” son los mejores, los más evolucionados, los civilizados, en última instancia, los humanos. Mientras que “*ellos*” son los peores, los inferiores, los subdesarrollados, los salvajes, los bárbaros etc.

En el etnocentrismo, hay una distancia inconciliable entre “*nosotros*” y “*ellos*”, que son muchas veces identificados sencillamente como “*los otros*”. Sabemos que “*el otro*” es el diferente del “*yo*”, es aquel que no soy yo, que es distinto de mí, que está fuera de mí, que me es extraño, extranjero de mi existencia. Como bien sabemos a través de la psicología social, la distinción entre las personas es un proceso complejo y necesario para la afirmación de una personalidad libre y autónoma. Es en la relación con “*el otro*”, que “*el yo*” se descubre distinto, independiente, individuo, persona. Un bebé al nacer se siente uno con la madre y tardará algunos tantos años para percatarse como un ser totalmente distinto de ella. Según Juan José Millás, “*uno se hace en la medida en que deshace lo que le rodea. Se hace cuando diferencia el cuerpo de su madre del propio; cuando distingue el cerca del lejos; cuando intuye el significado de dentro y fuera; cuando separa, en suma, cuando desmonta la realidad como se desmonta un juguete.*”¹ De ahí que no hay nada de esencialmente negativo o maléfico en hacer distinciones, separaciones y diferenciaciones.

No obstante, en una visión de mundo etnocéntrica, la distinción no es un reconocimiento del “*otro*” como persona con la cual “*el yo*” o “*el nosotros*” participa de la misma naturaleza y por eso una sana descubierta de la unicidad de la persona como individuo o de la especificidad de una agrupación humana. En una visión de mundo en la cual “*el nosotros*” es el centro de todo, “*los otros*” no son un espejo que desvela una humanidad compartida, sino revela el absurdo de la existencia del “*nosotros*”: *¿Cómo es posible que sean tan diferentes?* (perplejidad). *¿Cómo pueden pensar, sentir y obrar de manera tan distinta?* (espanto asustador). *¿Estarán ellos en lo cierto?* *¿Será nuestra manera de vivir errada?* (duda alarmante) “*¡No! ¡La vida de*

¹ El País: “*La diferencia entre el dedo y el pezón*”, 08 de Agosto de 2005.

ellos no está correcta, son salvajes, bárbaros y primitivos!” (decisión hostil). Entonces, la preocupación central con el etnocentrismo puede ser vista como la búsqueda de saber cuales son los mecanismos, las formas, los caminos, por los cuales tantas y tan profundas distorsiones sobre la vida de aquellos que son diferentes de nosotros se hacen y se mantienen en nuestros pensamientos, emociones y comportamientos. ¿Cómo pasamos de la perplejidad inicial para una decisión hostil de rechazo?

En el etnocentrismo, la diferencia no hace que “*el nosotros*” crezca, la diferencia no es una riqueza, sino algo que da miedo, que asusta, que trae sobresaltos y aprensiones, que dispersa desconfianza, pánico y pavor. Tras tamaña incertidumbre, viene el rechazo y el odio. “*El nosotros*” odia “*los otros*” porque son diferentes, distintos, raros, extraños, porque la sencilla existencia “*de ellos*” niega la existencia del “*nosotros*” como *la* manera – supuestamente correcta – de existir en el mundo. “*Los otros*” no revelan la humanidad del “*nosotros*”, sino la deforman.

Para resumir, en el pensamiento etnocéntrico las diferencias no son una riqueza, igual son entendidas de manera jerarquizada, donde unos son peores y otros mejores, comprendiendo que solamente es posible una manera – supuestamente correcta – de existir, de entender las relaciones familiares y sociales, de relacionarse con la divinidad o con la naturaleza, de organizar la escuela y la enseñanza, de entender la higiene y el cuidado con el cuerpo, de estructurar los valores y las ideas, de construir el saber y transmitirlo, de concebir la vida y la muerte. En suma, solamente es posible una manera de vivir y esa manera tiene que ser la del “*nosotros*”. “*Ellos*” tienen que estar equivocados. Y “*el nosotros*” debe convencerlos de ello, así fuera necesaria la fuerza.

El fenómeno etnocéntrico ha pasado en muchas ocasiones en la historia de la humanidad, en los malogrados “*choques de civilizaciones*”: griegos y bárbaros, cristianos y moros, europeos y amerindios, occidente y oriente, sur y norte etc. Choques o encuentros – para ser más suave – en los cuales los primeros son los desarrollados, los civilizados, los mejores y los otros... bien, los otros son “*los otros*”.

Veamos ahora, como el etnocentrismo se desarrolla en prejuicios, estereotipos y discriminaciones.

2.2 – De la racionalidad al comportamiento.

El etnocentrismo – esta manera tan propia como común de verse en el mundo y en relación con los otros – se despliega en las diferentes esferas de la vida humana: el

pensar, el sentir y el obrar. De esta manera, como toda visión de mundo, el etnocentrismo se concretiza en pensamientos, en sentimientos y en comportamientos.

En la esfera del pensar, *de la racionalidad*, de los pensamientos e ideas; el etnocentrismo puede ser visto como la dificultad de pensar la diferencia como algo admisible y positivo. Aquí entramos en el ámbito de los prejuicios. En la esfera del sentir, *de la afectividad*, de los sentimientos y emociones; el etnocentrismo puede ser percibido como sentimientos de extrañeza y hostilidad. Este es el ámbito de la construcción de los estereotipos, de las rotulaciones sin ninguna reflexión, basados solamente en sentimientos de miedo y asco ante las diferencias. En la esfera del obrar, *del comportamiento*, de las actitudes y acciones; el etnocentrismo puede ser visto como el procedimiento que separa, que excluye, que marginaliza a los diferentes. Este es el ámbito de las discriminaciones propiamente dichas. Así, el etnocentrismo deja de ser una visión de mundo y pasa a ser un fenómeno que mezcla elementos racionales, afectivos y comportamentales, mezcla pensamiento, sentimiento y acción. Esta mezcla es un fenómeno que se encuentra tanto a lo largo de los tiempos como en nuestras sociedades de hoy. Veamos más atentamente cada uno de esos ámbitos y cómo se relacionan con los demás.

2.2.1 – Prejuicio: la contradicción de la racionalidad.

Para empezar, fijémonos en la palabra “*prejuicio*”, que está compuesta de dos partes que ya revelan mucho de su significado: “*pre*” + “*juicio*”, es decir, un juicio, una opinión, una apreciación, que se hace antes de cualquier información o conocimiento más profundo. Prejuicios, en suma, son juicios anticipados, son sentencias que no cuentan con ningún juzgamiento reflexivo más elaborado. Los prejuicios son opiniones livianas y arbitrarias, que repetidas innumeradas veces figuran como verdades incuestionables.

Los prejuicios no son, como se pudiera equivocadamente pensar, opiniones individuales, o mejor, son convicciones colectivas construidas tras repeticiones seguidas e irreflexionadas, pero no menos peligrosas y dañinas. El hecho de que sean irreflexionados no los hacen inocentes. Según Hannah Arendt, la banalidad del mal no hace que el mal cometido sea menos imputable. Por eso, los prejuicios deben ser considerados como un juzgamiento indigno, pues son fruto de una abdicación inaceptable para quien si quiera plenamente humano, o sea, se abdica del pensamiento libre y autónomo. Y aquí está la contradicción del prejuicio. Si por un lado los

prejuicios se encuentran en el ámbito de la racionalidad, por otro se trata de una racionalidad débil, floja, perezosa. Los prejuicios no son ideas construidas tras una reflexión libre, crítica e investigativa, que es lo mejor del pensamiento. Por eso, es muy común que los prejuicios se formulen en frases llenas de generalizaciones groseras, tales como: *“los moros son violentos”, “los judíos son avaros”, “los sudacas son perezosos”, “los gitanos son peligrosos”* etc.

Estas frases – dichas tantas veces y de diferentes maneras a través de bromas, de reclamaciones, de comparaciones, de insultos y, hasta mismo, de un supuesto nivel de raciocinio – cumplen una doble función en relación con el segundo ámbito tratado aquí, el ámbito de los sentimientos. Los prejuicios contra ciertos grupos de personas al mismo tiempo que surgen de sentimientos de miedo y enojo, acaban también por alimentarlos, creando así un círculo vicioso entre el pensar y el sentir, entre los prejuicios y los estereotipos.

2.2.2 – Estereotipo: la mezcla del pensar y del sentir.

Según el diccionario de la lengua española, los estereotipos son un conjunto de trazos o modelos fijos que caracterizan un determinado objeto, que puede ser un grupo humano en sus aspectos físicos, mentales o comportamentales. Los estereotipos, tales cuales los prejuicios, son falsos y livianos. Ellos se establecen en sentimientos de miedo, asco y hostilidad, que unos grupos mantienen en relación a otros a causa de alguna diferencia con la cual los primeros se sienten agredidos, asustados o enojados con los criterios de los otros sobre lo que es cierto y errado, bueno y malo, limpio y sucio etc. Imaginemos, por ejemplo, las expresiones faciales de una familia europea, blanca y cristiana al asistir a un documental sobre pueblos africanos que se comen las vísceras de monos o de religiones brasileñas que en sus rituales utilizan la sangre del pollo recién abatido como bebida sagrada. No será difícil que alguien de tal familia viendo tal documental diga o al menos piense: *“¡Que asco! ¿Cómo pueden hacer eso?”* Y, incluso, con cierta buena voluntad puede intentar una excusa para este comportamiento – supuestamente – tan grosero: *“Pobres... Son unos primitivos...”* Del sentimiento de enojo y, algunas veces, de miedo, instaurados básicamente en el desconocimiento y en el rechazo por la diferencia que asalta violentamente los padrones establecidos del grupo del *“nosotros”*, se pasa a los prejuicios generalizadores.

Hace falta decir que los estereotipos pueden ser negativos o positivos, dependiendo de la perspectiva que se tenga de una determinada característica de un

grupo. Así, podemos escuchar “*los judíos son avaros*” como “*los judíos son ahorrativos*”, podemos topár con frases como “*los franceses son muy cultos*” como “*los franceses son intelectualmente pedantes*”. Negativos o positivos los estereotipos son siempre una caricatura de un grupo, es decir, refuerzan exageradamente una característica en desprestigio de tantas otras, por eso ellos no ayudan a conocer verdaderamente a los otros grupos diferentes del “*nosotros*”. Los estereotipos siempre empobrecen y desfiguran la realidad de acuerdo con los criterios del “*nosotros*”. Además, como ya he dicho, los estereotipos surgen y se alimentan de sentimientos oscuros, sin ninguna reflexión, tales como el miedo y el asco. Por tanto, no deberían ser tenidos en cuenta en un pensamiento que se quiera fuerte, laborioso y cuidadoso.

2.2.3 – Discriminación: ¿cuándo categorizar no es conveniente?

De la mezcla de sentimientos oscuros y pensamientos toscos para el comportamiento discriminatorio hay una cierta distancia. Ni todos, por ejemplo, que sienten asco al ver una persona tomando la sangre de un pollo llegarán a pensar que los brasileños que lo practiquen son primitivos. Tampoco podemos concluir que entre los que lleguen a pensarlo todos tendrán una postura discriminatoria delante de esos brasileños. No obstante, podemos decir, con total seguridad, que los comportamientos discriminatorios son resultado de un proceso que surge y se desarrolla en las esferas del pensar y del sentir.

Antes de todo, tenemos que “*descongelar*” la palabra “*discriminación*”. Discriminar significa esencialmente hacer distinción, separar, categorizar. Cuando uno se refiere a un grupo de personas que comparten algún trazo específico, sea un trazo físico, racial, de opiniones, de personalidad o de religión, hace una generalización necesaria a la rapidez del pensamiento y del lenguaje. Entonces, se puede decir, por ejemplo, “*las mujeres*”, “*los orientales*”, “*los protestantes*”, “*los chavales*”. Esta manera de agrupar las personas es algo simplificador porque, aunque sea momentáneamente, ella borra las diferencias individuales para destacar sólo una o unas pocas características de un conjunto de personas. No obstante, no hay nada de negativo en crear algunas generalizaciones, siempre que se tenga consciencia de que se habla de manera simplificadora y que la generalización no sirva nunca para generar estereotipos y prejuicios, tales como: “*las mujeres son sentimentales*” o “*los chavales son irresponsables*”. Cuando se establecen distinciones que no sólo crean grupos diferentes, pero que también sugieren que unos grupos son mejores y otros peores – a causa del

genero, de la etnia o de la color, del idioma, de la nacionalidad, de las creencias o opiniones, de la orientación sexual, de la edad o de la capacidad física – lo que se hace, en verdad, es discriminar en el sentido peyorativo que estamos tratando de entender aquí. En esta perspectiva, discriminar no es conveniente.

La discriminación, entonces, es resultado de un proceso que disminuye a un grupo de personas en su dignidad humana y ayuda a crear o a justificar abusos contra este tipo de personas. Pero, no nos olvidemos, la discriminación es una práctica. Por no estar restringida a los pensamientos y a los sentimientos, ella es mucho más peligrosa y merece todo nuestro esfuerzo por eliminarla, porque no podemos legislar sobre pensamientos y sentimientos, pero sí sobre los comportamientos. La discriminación parte de los pensamientos y sentimientos equivocados que “*el nosotros*” hace sobre “*los otros*”, pero tiene consecuencias que van más allá, tales como podemos notar en los diferentes tipos de discriminación que tenemos en nuestras sociedades.

La discriminación puede tener muchas formas, tantas cuantas diferencias legítimas puedan existir entre las personas. Las más frecuentes son: por *genero*: discriminación a la mujer (sexismo); por la *origen étnica o cultural*: discriminación a los grupos no blancos y de raíces culturales no europeas, especialmente negros e indios (racismo); por la *nacionalidad*: discriminación a los extranjeros o, en general, contra los inmigrantes pobres (xenofobia); por la *orientación sexual*: discriminación a los colectivos de gays, lesbianas, bisexuales, transexuales y travestís (homofobia); por el *credo religioso*: discriminación a los creyentes de religiones no oficiales o no mayoritarias en una sociedad; por pertenecer a *grupos minoritarios*: discriminación a los grupos que, en algún sentido, están en una situación diferente de la mayoría en una sociedad, por ejemplo, los gitanos y los judíos; por la *capacidad física o mental*: discriminación a las personas que sufren de alguna discapacidad física o mental: ciegos, zurdos-mudos, portadores de la Síndrome de Down etc.

La discriminación hace parte de un proceso que incluye los prejuicios y los estereotipos. No obstante, sería bueno evitar pensar en yuxtaposición de los diferentes elementos, como si la realidad fuera una sucesión de capas. Mejor no pensar en una lasaña, la realidad en capas. Tampoco nos sirve la imagen de un caldo, donde todo se mezcla y pierde sus formas, sus especificidades. Sugiero, entonces, la imagen de una ensalada, en la cual los elementos se mezclan, aunque mantengan sus características propias. Prejuicios, estereotipos y discriminaciones son distintos elementos que se mezclan, pero tienen y mantienen sus especificidades.

Recordemos también que los prejuicios, estereotipos y discriminaciones no son un tema menor, es decir, que envuelven pensamientos, sentimientos y comportamientos de unos pocos sin mayores consecuencias para los demás. Esa ensalada es bastante indigesta, pues, en general, viene seguida de una intolerancia asesina. No se trata de una cuestión de gustos u opiniones ingenuas, de gentes poco esclarecidas. La humanidad está marcada dolorosamente por la esclavitud de los negros, por el genocidio de los pueblos amerindios, por el holocausto de los judíos, por la persecución a los gitanos, por la criminalización a los homosexuales, por la sumisión de las mujeres y por los actuales conflictos culturales de la inmigración en los países del Norte.

No obstante la importancia de hacer categorizaciones sobre los diferentes tipos de discriminación, considero que uno tipo es de especial alcance, lo que merece un tratamiento a parte. Se trata de la aporofobia.

2.3 – ¿Qué es la “Aporofobia”?

“Aporofobia” es un término que tanto Adela Cortina (2000) cuanto Emilio Martínez (2002) reconocen que todavía no figura en los diccionarios de la lengua española. Trata-se de un neologismo que une dos términos griegos: “*á-poros*” y “*fóbeo*”. El segundo término ya es bastante conocido nuestro y indica “*miedo, pavor, temor o rechazo*”, por ejemplo, se halla en los términos claustrofobia (miedo de lugares cerrados) o xenofobia (rechazo al extranjero). El primer término, quizás totalmente desconocido, significa “*pobre, sin salidas, escaso de recursos*”. Así, aporofobia indicaría el sentimiento de rechazo o temor al pobre, al desamparado, al que carece de salidas, de medios o de recursos.

Bien, la cuestión ahora es un poco más de fondo, ¿para qué sirve un neologismo? En general, un neologismo surge o es forjado para satisfacer una necesidad de la lengua ante dos casos: (1) para designar una nueva realidad o (2) para designar una nueva percepción de una realidad no tan nueva. Aporofobia es un neologismo típico del segundo caso. La discriminación de los pobres no es ninguna novedad sociológica, por supuesto, pero, hoy por hoy, hay una percepción de distintas matices de exclusiones cuando entrecruzamos los diferentes tipos de discriminaciones, citados anteriormente, con la idea traída a la luz por este neologismo. Así, corroborando a Adela Cortina, “*no marginamos al inmigrante si es rico, ni al negro que es jugador de baloncesto, ni al*

jubilado con patrimonio: a los que marginamos es a los pobres”². Lo que Adela Cortina afirma, a mi juicio, es que la categoría “*pobre*” se hace central para que se entienda los diferentes procesos de marginalización con los cuales convivimos hoy.

A una nueva realidad o a una nueva percepción de la realidad importa ponerle un nombre, porque mientras es indecible es también imperceptible. Nombrar una nueva percepción de la realidad ayuda que esta misma realidad sea mejor comprendida, evitando así distorsiones que acaban por ocultar la verdad de las cosas³. Además, el término “*aporofobia*” se refiere a una realidad – la repugnancia ante al pobre – que tiene mucha fuerza en la vida social y esta realidad se hace todavía más fuerte y cruel si se queda en el ámbito de la invisibilidad. Si una realidad no es nombrada, percibida, discutida y analizada, por fin, tampoco será comprendida. Aquí discriminar sí es conveniente, es decir, forjar categorías que nos ayudan a separar las cosas para comprender mejor la realidad. Diría Descartes que importa un pensamiento claro y distinto. Y, a mi juicio, nombrar y analizar es una faena, de las más importantes, de la filosofía. Aunque, tal como Marx, pienso que más que comprender la realidad, importa transformarla. Nombrar y analizar para comprender y transformar. Para eso debería servirnos el neologismo. Bien, intentemos, entonces, trabajar con él.

Si el término es válido, podríamos preguntarnos: ¿Cómo y por qué la aporofobia se establece entre nosotros? ¿Cuáles son sus consecuencias en una sociedad que se quiera democrática?

Según Emilio Martínez (2002), la aporofobia es resultado de un proceso, que yo llamaría de “*juego de responsabilidades*”, pues ella nace de un nivel de conciencia, un tanto oscuro, “*que nos recuerda que las situaciones de desamparo son, en cierta medida, una responsabilidad de todos los que estamos acomodados*”⁴. Así los pobres, por su sencilla existencia, nos recuerdan la responsabilidad compartida en nuestro destino común. No obstante, no es fácil encargarse de esta responsabilidad porque ella nos indica nuestro fracaso moral como grupo humano. Quizás por eso no pocos sectores de la sociedad la rechazan. Excusarse de esta responsabilidad tiene un precio: hay que encontrar a alguien que se ocupe de ella, que la lleve consigo, que asuma su peso. Entonces, en este juego de responsabilidades, se echa a los pobres la carga por la miseria que les aflige. En resumen, la aporofobia es un sentimiento de rechazo a los

² CORTINA, 1996:70

³ Cf. CORTINA, 2000

⁴ MARTÍNEZ, 2002:18.

pobres, pues la situación que se encuentran reclama a toda sociedad una responsabilidad que no se quiere asumir y la respuesta a esta cobranza es una devolución hacia a las víctimas de la culpa por la situación de pobreza en la cual se encuentran. En esta lógica, los pobres son los principales responsables de su propio fardo. Si quisiéramos las *“perlas de la aporofobia”* podríamos ejemplificar con las frases del tipo: *“son pobres por que quieren”*, *“son pobres porque son perezosos”*, *“son pobres porque no buscan trabajo o porque no quieren trabajar”*, *“están en la pobreza porque no se esfuerzan”*, *“los peores pobres son los acomodados”*.

No vamos aquí a negar que, en algunos casos, la situación de pobreza quizás tenga su origen en algún tipo de negligencia o de mal planeamiento de los recursos o de algún tipo de acción más o menos voluntaria. Pero, la mayoría de las situaciones de pobreza tiene su origen en causas totalmente ajenas a la voluntad de las personas que la sufren. De ahí que la aporofobia es más una de esas distorsiones resultantes de una generalización apresurada, típica del pensamiento flojo, débil, perezoso. La aporofobia, como todo prejuicio, es falsa, liviana, arbitraria. Además alimenta sentimientos de miedo hacia a los pobres, pues son supuestamente violentos o violentos en potencia. La aporofobia hace crecer el sentimiento de asco hacia a los pobres, pues son supuestamente sucios o con pocas nociones de higiene. Del miedo y del asco ya sabemos lo que puede venir. Y, así, tenemos el ciclo entre pensar, sentir y obrar que excluye a los pobres y con una pizca de inmoralidad más, pues *“son ellos los culpados por la situación que se encuentran”*, bien como son los culpados de los prejuicios que sufren, pues *“podían ser más limpios porque pobreza no tiene que significar suciedad”* o *“podían educar mejor sus hijos y así no se envolverían en la marginalidad”* y desde ahí un largo etcétera de excusas y de responsabilidades transferidas.

Según Adela Cortina y Emilio Martínez, la aporofobia es todavía más evidente en sociedades basadas en el contrato, como las nuestras. *“En efecto, la clave para comprender la aporofobia es que en la mayoría de los ámbitos de la vida social hay quienes tienen poder para pactar y también hay quienes no lo tienen; algunas personas tienen algo que puede interesar a los poderosos y en cambio otras carecen de interés para ellos”*⁵. En una sociedad de pactos y contratos, quien no tiene algo que ofrecer como moneda de cambio no puede pactar, son dispensables, son insignificantes, son prescindibles, en suma, no necesarios y descartables. La vida de los pobres no importa

⁵ MARTÍNEZ, 2002:20

para inmensos sectores de nuestras sociedades, pueden morir en centenas de millares que no hacen falta para la economía, para el mercado, para los gobiernos, para la universidad y para muchos ámbitos de la vida social. Los pobres no ocupan importantes puestos de trabajo, ni sillas en las universidades, no tienen tarjeta de crédito, no pagan significantes valores en impuestos, no consumen los extraordinarios productos de los magazines. En la lógica aporofóbica, los pobres no tienen nada que ofrecer, además nos molestan con su incomoda presencia que nos acuerda una responsabilidad que queremos olvidar.

¿Hay salida para la aporofobia? ¡Por supuesto que sí! – debería ser nuestra respuesta. La aporofobia se supera con pensamiento fuerte, laborioso y cuidadoso. Según Martín Urquijo, hay que sacar de la filosofía su que hacer social. Además, se puede superar la aporofobia apostando por una sociedad de solidaridad más que de contrato. La solidaridad – que nada tiene que ver con paternalismo – es la más contundente contestación a la aporofobia, pues es la única respuesta posible a un clamor de justicia que se evoca desde la realidad de pobreza con la cual convivimos, especialmente en los países pobres de África y Latinoamérica.

Aquí no voy a profundizar en el concepto de solidaridad. No obstante con los conceptos prejuicio, estereotipo, discriminación, mi objetivo es analizar algunas iniciativas que buscan superar la aporofobia, bien como el paternalismo, y apuntan hacia la promoción de una renta básica como mecanismo de justicia y redistribución de riquezas. Hay que pensar la realidad e intentar transformarla. Siendo así, en esta oportunidad, sigo con el análisis de los programas “*Beca Familia*” y “*Hambre Cero*” que se desarrollan actualmente en Brasil.

3 – LOS PROGRAMAS “HAMBRE CERO” Y “BECA FAMILIA” DE BRASIL:

“*Hambre Cero*” es el nombre dado al conjunto de medidas políticas adoptadas por el gobierno del presidente Luis Inácio Lula da Silva para combatir la pobreza en Brasil, especialmente su efecto más perverso, el hambre. El programa fue concebido por el “Instituto Ciudadanía”, una entidad creada y presidida por el presidente Lula durante diez años y que, hoy por hoy, auxilia el gobierno en la gestión del programa. La “*Beca Familia*” es el centro del programa “*Hambre Cero*”, anunciada en octubre de 2003 y implementada en 2004, después de un año de gobierno del presidente Lula, como una tentativa de mejorar y unificar diferentes proyectos sociales que ya existían en Brasil, algunos, incluso, creados antes de la gestión administrativa de Lula.

A continuación, detallaré cada uno de los programas, empezando por el más general – el “*Hambre Cero*” – y llegando a su corazón, la “*Beca Familia*”. El objetivo es percibir cómo los conceptos analizados anteriormente están presentes en las evaluaciones que se vienen haciendo a los programas.

3.1 – El “*Hambre Cero*”:

El programa “*Hambre Cero*” es el principal programa social emprendido por el gobierno del presidente Lula. Señalado desde la campaña electoral, el programa fue anunciado como prioridad del gobierno en el primer discurso de Lula como presidente elegido en noviembre de 2002, antes mismo de empezar su mandato en enero de 2003, con las emblemáticas palabras del presidente: “*Mi objetivo principal será que todos los brasileños puedan hacer tres comidas al día*”.

“*Hambre Cero*” es un programa muy amplio y bastante ambicioso. Amplio porque podemos decir que toda acción gubernamental que busca la superación de la pobreza y especialmente del hambre es considerada por el actual gobierno brasileño como una actividad del programa. Así, el programa puede envolver tanto obras de infraestructura, como la construcción de un estanque de agua cuanto actividades más específicas, como distribución de alimentos a las víctimas de la sequía en el nordeste brasileño. Y es ambicioso porque busca sacar de la pobreza aproximadamente 8,7 millones de familias o aproximadamente 35 millones de brasileños, lo que correspondería a la casi totalidad de pobres de Brasil.⁶

Oficialmente, el programa “*Hambre Cero*” tiene tres grandes frentes de trabajo: (1) *Combate al hambre*; (2) *Reducción de la pobreza* y (3) *Crecimiento económico*. En el afrontamiento del hambre, el gobierno de Lula busca una salida global y sistémica, no reduciéndolo así a la sencilla distribución de alimentos. En esta perspectiva, combatir el hambre conlleva generar empleos, estabilizar la economía, promocionar la educación, promover la seguridad nutricional, reducir las desigualdades sociales etc. Es un esquema simple que entiende que la economía estática lleva a la pobreza y esta al hambre, por eso mismo esta correlación de las tres frentes de trabajo: hambre, pobreza y economía. A pesar de sencilla y un tanto obvia, esta manera de afrontar el tema es

⁶ Hay una buena y controvertida discusión de cómo y con cuales criterios se debe contar los pobres. Para más allá de esta discusión metodológica, presento aquí los números que históricamente vienen siendo considerados como aproximadamente correctos por diferentes estudiosos de la pobreza en Brasil.

bastante novedosa, pues es, a mi juicio, más amplia y ambiciosa que todos los otros programas de promoción social desarrollados en Brasil hasta hora.

El “*Hambre Cero*” comprende tres tipos de políticas: (1) *Políticas Estructurales*; (2) *Políticas Específicas* y (3) *Políticas Locales*. El primer tipo de política está volcada a las causas más profundas del hambre y de la pobreza; el segundo tipo está volcado a atender directamente a las familias en el acceso a la comida y el tercer tipo respecto a las políticas que pueden ser implementadas por colaboradores locales, sean los gobiernos de las provincias y de los ayuntamientos, sean ONG’s, iglesias, sindicatos, movimientos sociales o otras iniciativas de la sociedad civil. Entre las *Políticas Estructurales* figuran las iniciativas del gobierno en generación de empleos y renta; en la continuidad de la reforma agraria; en el incentivo a la agricultura familiar; en la promoción de la seguridad social; bien como el programa “*Beca Familia*”, que describiré más adelante. Entre las *Políticas Específicas* están la distribución emergente de alimentos; las actividades que envuelven la fiscalización por la calidad de los alimentos; el combate a la desnutrición materno-infantil; la distribución de la merienda escolar y la educación para el consumo y para la alimentación. Las *Políticas Locales* están condicionadas a los colaboradores, así pueden ser desde la creación de “*bancos de alimentos*” con un movimiento social; la mejoría de las condiciones de abastecimiento de alimentos con una red de mercados; como también la implementación de un restaurante popular en conjunto con el gobierno de una provincia. El gobierno central ha declarado que el “*Hambre Cero*” son más de 25 políticas distintas e integradas en más de 40 programas destinados a mejorar la *calidad*, la *cantidad* y la *regularidad* de los alimentos necesarios para todos los brasileños y brasileñas, especialmente para los más pobres.

El “*Hambre Cero*” se ha transformado en la gran marca del gobierno Lula y ha sido tanto objeto de elogios en el Brasil y en el mundo, como también ha recibido innumerables críticas. En 2002, por ejemplo, en director-general de la FOA (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura), Jacques Diouf, declaró que el programa sería una referencia para el organismo en otros países. En este mismo año, el programa ganó también el apoyo del Banco Interamericano de Desarrollo, BID. A partir de 2003, después de su posesión como presidente, Lula viajó el mundo divulgando su proyecto y conquistando admiradores. Ejemplos de eso es la aceptación de sus discursos en la “Cúpula de las Américas”, en Monterrey, México, en enero de 2003, bien como el apoyo de Jacques Chirac y Kofi Annan en la Asamblea General de la ONU de

2003, en Ginebra, cuando el presidente Lula propuso un impuesto sobre la industria de armamentos para combatir el hambre en el mundo. En Mayo de 2004, fue la oportunidad del Banco Mundial, que a través de su director-general en Brasil, Vinod Thomas, anunció apoyo técnico y la donación de 1 billón de dólares para el programa, especialmente para la “*Beca Familia*”, por un período de seis años. En Julio de 2005, en una encuesta nacional realizada por el Instituto Vox Populi, 60% de los brasileños contestaron que la política social del presidente Lula es mejor que la de sus antecesores. Apenas 15% indicaron las políticas de Fernando Henrique Cardoso como mejores.

Pero, todo no son maravillas. El programa desde el inicio fue y sigue siendo duramente criticado por la derecha mediática y por casi la unanimidad de medios de comunicación social de Brasil. En general dicen que los resultados son muy pequeños, que no hay diferencia entre el “*Hambre Cero*” y los otros programas sociales implementados por el gobierno de Fernando Henrique y que hay mucho fraude en el programa debido a falta de control y fiscalización del gobierno.

Además, al final del primer año de gobierno, el propio presidente reconoció que el programa no iba bien a través de una re-estructuración en los ministerios del área de asistencia social. Hasta entonces el presidente tenía dos ministros de Estado dedicados al programa, Benedita da Silva (Ministra de Asistencia Social) y José Graziano (Ministro de Seguridad Alimentar). Los dos eran antiguos colaboradores de Lula. Benedita da Silva había sido diputada, senadora y presidente de la provincia de Río de Janeiro por el partido de Lula, el PT (Partido de los Trabajadores). José Graziano había sido colaborador de Lula en el Instituto Ciudadanía. Pero, después de un año, los dos estaban muy mal evaluados por la sociedad civil, por los medios de comunicación y, como todo indica, por el propio presidente. Así, los dos ministerios fueron unificados en el Ministerio de Desarrollo Social y fue invitado para el cargo de ministro el diputado de Minas Gerais Patrus Ananias, que había sido alcalde de Belo Horizonte con una buena evaluación como administrador público y como un hombre preocupado con las cuestiones sociales. El cambio de ministros fue una decisión difícil para el gobierno pues se trataban de dos íntimos colaboradores del presidente y de un ámbito que había sido anunciado desde el principio como la preocupación central del gobierno. El cambio significaba, de alguna manera, un fracaso o quizás una gran debilidad del programa.

3.2 – La “*Beca Familia*”:

En el inicio del 2004, Patrus Ananias anunciaba que su prioridad sería el programa “*Beca Familia*”, que, a su turno, se fue transformando también en el centro de las críticas. Si, hoy por hoy, las principales críticas – llenas de aporofobia – hechas a las políticas sociales del gobierno de Lula se centran en el programa “*Beca Familia*”, entonces, en primer lugar, tenemos que entender lo que es y como funciona.

Desde siempre, en la política social de los diferentes gobiernos de Brasil, asistimos al ir y venir de los diferentes programas de asistencia social. Tuvimos, por ejemplo, el “*Ticket Leche*”, que distribuía leche para los más pobres según un registro nacional y las “*Cestas Básicas*”, que era la distribución de una serie de 17 tipos de alimentos necesarios para una familia de 5 personas durante un mes. Eses programas nunca fueron amplios, atendían una pequeña parcelas de los pobres de Brasil y siempre fueron acusados de fraudes.

Durante la década de los noventa, en la gestión de Fernando Henrique Cardoso, empezaron la implementación de políticas que buscaban entregar dinero, en el lugar de leche o alimentos, directamente a las familias pobres. Las ideas de esos programas fueron introducidas en Brasil por dirigentes del PT, especialmente los senadores Cristovam Buarque (Brasília) y Eduardo Suplicy (São Paulo), que gozan de gran prestigio internacional y nacional. No obstante, Fernando Henrique aprobó algunos programas, tales como la “*Beca Escuela*”, que entregaba mensualmente 15 Reais (4,5 Euros)⁷ a cada niño pobre que estuviera estudiando y no más de tres becas por familia, y la “*Ayuda Gas*”, que entregaba 15 Reais a cada familia pobre registrada en el programa, a cada dos meses.

En Brasil llegamos a tener cuatro programas de transferencia de dinero para diferentes fines: estudiar, comer y comprar gas. Cada programa tenía un registro y todos los registros eran acusados de contener fraudes. El fraude más común era que personas que no cumplían los criterios para recibir los beneficios gubernamentales estaban registradas y los recibía. Y, por su vez, muchas familias realmente pobres no los recibían por desinformación o por no cumplir los criterios previstos. Siempre hubo también denuncias de “*familias fantasmas*” o de familias registradas más de una vez y, por consecuencia, con el doble recibimiento del beneficio.

La “*Beca Familia*” tiene como gran mérito, reconocido incluso por los críticos más severos, de reunir todos estos programas en uno sólo. Así, el programa buscó

⁷ Para el cambio de los valores monetarios, utilizaré la proporción 1 Euro = 3,3 Reais, que es una media relativa de la variación entre las dos monedas, en los últimos meses.

unificar el registro de cuatro programas sociales – “*Beca Escuela*”, “*Beca Alimentación*”, “*Tarjeta Alimentación*” y “*Ayuda Gas*” – utilizando sus recursos y aumentando la renta transferida en las medias de las familias atendidas.

Según datos del gobierno, la “*Beca Familia*” atiende hoy 7 millones de familias en todo en Brasil, distribuyendo mensualmente 460 millones de Reais (aproximadamente 140 millones de Euros) y está presente en casi la totalidad de los más de 5.500 pueblos existentes hoy en Brasil. Hay que registrar también que los cuatro programas unificados en la “*Beca Familia*” siguen existiendo, pues todavía ni todas las familias fueron transferidas al nuevo programa debido a los innumerables problemas de registro y de burocracia. Así, la “*Beca Escuela*” sigue atendiendo 2,3 millones de familias, la “*Beca Alimentación*”, 37 mil familias, la “*Tarjeta Alimentación*” 99 mil familias y la “*Ayuda Gas*” 4,4 millones de familias. La transferencia general del Ministerio de Desarrollo Social en estos programas, en junio de 2005, todavía segundo datos oficiales, fueron de 97 millones de Reais (aproximadamente 30 millones de Euros).

Actualmente, la meta del Ministerio de Desarrollo Social es atender 8,7 millones de familia, que representaría más de 70% de las familias pobres del Brasil, o sea, familias que tienen una renta *per capita* mensual de 50 Reais (15 Euros). Están previstos para el año de 2005 gastos de 6,5 billones de Reais (aproximadamente 2 billones de Euros).

Estos datos y metas, como se puede imaginar, son duramente cuestionados, incluso por colaboradores del programa, como es el caso del Banco Mundial. Además, mientras los medios de comunicación sacan a la luz a diario los casos de fraudes, el programa sigue siendo criticado en su esencia, es decir, por la transferencia de dinero directamente para las familias pobres. Y eso veremos a continuación.

3.3 – La “*aporofobia*” en Brasil.

Si buscamos los reportajes sobre el tema “*Hambre Cero*” y “*Beca Familia*” en algunos de los principales periódicos y revistas de Brasil – para quedarnos en los medios escritos – veremos que los programas siempre fueron recibidos entre dudas e ironías. Reporteros, empresarios, intelectuales y, como no podía dejar de ser, los políticos de la oposición, comentaron los programas como mera demagogia, populismo, asistencialismo, repetición o equívoco. Los ejemplos podrían ser sacados de los informativos del “*Sistema Globo de Comunicación*”, que envuelve cadenas de

televisión, periódicos y radios en todo Brasil, bien como podrían ser retirados de grandes periódicos de Río de Janeiro o São Paulo, tales como el “*Jornal de Brasil*” o “*A Folha de São Paulo*”. Pero, por cuestión de espacio nos centraremos aquí en la “*Revista Veja*”, la más antigua y más grande revista informativa de Brasil en tirajes, con gran penetración en la clase media urbana y desde la cual un cien números de noticias son reiteradas por los otros medios. Así, no es raro que un periódico o telediario repita la siguiente expresión: “*Como afirmó la Revista Veja...*”

Con un supuesto discurso de imparcialidad, la “*Revista Veja*” siempre presentó duras críticas al pensamiento de izquierda y, más recientemente, a las actividades del PT y del gobierno de Lula. En esta lógica, la “*Beca Familia*” fue noticiada en 22 de octubre de 2003 con la siguiente portada: “*Viene ahí un nombre más*” y en la secuencia afirmaba: “*Después del “Hambre Cero”, el PT lanza la “Beca Familia” y repite la tradición de crear siempre nuevos programas sociales sin aprovechar lo que ya venía siendo hecho*”. Poniendo énfasis en el contrario que el gobierno afirmaba, que era aprovechar y unificar lo que ya existía como presentado aquí, la revista afirmaba que el “*Hambre Cero*” es apenas un logo-marca y que no existe nada de concreto en ella. Días después, 05 de noviembre, en entrevista concedida por Antonio Ermirio de Moraes, un de los mayores empresarios de Brasil, la revista revela que para Moraes el “*Hambre Cero*” es limosna y que el pueblo quiere y necesita una oferta de empleo, trabajo y no caridad del Estado. Columnistas como Tales Alvarenga, Claudio de Moura Castro y Diogo Mainardi afirman y reafirman, semana tras semana, que el gobierno es inerte, que los programas no funcionan, que generan dependencias, que alimentan una casta parasitaria entre los pobres y, que además, no llegan a los que verdaderamente necesitan. Sobre la encuesta que afirma que 60% de los brasileños aprueban los programas sociales del presidente Lula, la revista afirmó, en 27 de junio de 2005, que los programas eran un “*malogro con prestigio*” y que la aprobación se debía al marketing del gobierno y no a acciones efectivas. Se podía seguir innumerando los ejemplos, pero mejor preguntarse ¿dónde viene tamaña resistencia a la sencilla idea de transferir renta a los más pobres?

En primer lugar, hay que recordar que el presidente Lula es el primer jefe de Estado en Brasil que no tiene estudios superiores, quizás un de los pocos en la historia reciente de los grandes países. Lula es hijo de la pobreza. Fue operario, sindicalista y después diputado. Ha intentado llegar a la presidencia durante 16 años y sólo ha logrado en la cuarta tentativa después de muchos cambios en su propia imagen, que ahora es

más serena, conciliadora y no tan militante como antes. Su trayectoria es muy distinta de los otros presidentes que tuvo Brasil. Además, el PT es un partido joven, con 28 años aproximadamente, y siempre fue presentado como un partido de doctrinas pasadas, recalentadas por un socialismo ingenuo y rabioso. Definitivamente, Lula y su gobierno no agradan a las antiguas y bien establecidas elites de Brasil. El “*barullo*” generalizado en los medios de comunicación es bastante comprensivo si tenemos eso en cuenta, pues, en verdad, representa viejas y malacostumbradas elites que obviamente influyen en el pensamiento de buena parte de la clase media y de significativos sectores de la población más pobre.

Se suma a todo eso, el rechazo hacia a los pobres, tan característicos en países con tanta desigualdad social como es Brasil, la ya comentada “*aporofobia*”. Es un pensamiento bastante común en Brasil que los pobres son, en última instancia, los responsables por la situación en la cual se encuentran. No obstante, hace parte también del censo común que los pobres merecen una ayuda, necesitan una oportunidad para sacar la vida adelante. Pero, este sentimiento de incipiente solidaridad viene bastante marcado por la sensación que ni todos merecen ayuda, que quizás la gran mayoría sea mismo perezosa, indolente, desmotivada y parasitaria. La idea del empresario Antonio Moraes de que el pueblo merece trabajo y no limosna es bastante corriente en Brasil. No es raro que la situación de los niños de la calle y de los trabajadores rurales sin tierra sean comprendidas con una mezcla de duelo y duda. Es un mixto de “*debo ayudarles pero, ¿no estarán aprovechándose de la situación de pobreza que están para quitarnos dinero?*”

Además de la desconfianza sobre la responsabilidad por su situación, los pobres son el blanco de constantes bromas en importantes programas de humor de la televisión de Brasil. Frases supuestamente humorísticas del tipo: “*Pobre tiene que morir*” o “*Yo odio a los pobres*” se hicieron verdaderos bordones en las últimas décadas. Son bastantes comunes los programas y personajes – supuestamente – humorísticos que vulgarizan la manera de vivir de los pobres, como organizan la casa, como establecen su relaciones familiares, como hablan o se visten. Hoy por hoy, los dos programas de humor más vistos en Brasil son sobre los pobres. Un tiene una empleada doméstica como protagonista y el otro es sobre una familia de la periferia urbana de Río de Janeiro⁸.

⁸ Me refiero a los programas “*A diarista*” y “*A Grande Família*”, de la “*Rede Globo de Televisão*”.

Este clima de sutil banalización de la pobreza y de culpabilización de los pobres por la injusticia social que padecen favorece, sobremanera, a la distorsión de la real situación de privación, carencia y miseria en la cual vive significativa parte de los brasileños. La pobreza hoy conlleva una dificultad que es la percepción real de la gravedad del problema. Así, la pobreza en Brasil es un reto tanto para una justa distribución de la renta como también es un reto para aquellos que buscan afrontar el tema de como es percibido el problema, a fin de lograr una movilización ciudadana para su erradicación. Ejemplo de la destorcida percepción de la realidad y de la baja participación en los procesos de erradicación de la pobreza es el relativo fracaso de los consejos ciudadanos propuestos por el gobierno para fiscalizar la “*Beca Familia*”. Quizás, muchos fraudes serían evitados se hubiera, además de la fiscalización del gobierno, una efectiva fiscalización ciudadana a través de los consejos propuesto por el Ministerio de Desarrollo Social a la ciudadanía.

Desde esta visión destorcida de la realidad, un tanto miope, un tanto huidiza, cabe el labor de la filosofía, poniendo límites en los conceptos, como es el caso de la aporofobia y de todos los demás conceptos que ella conlleva, construyendo así un pensamiento que sea más fuerte, cuidadoso y laborioso, para ayudar a afrontar estos retos y a transformar la realidad.

4 – REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- ARENDDT, Hannah. *Eichmann em Jerusalém: um relato sobre a banalidade do mal*, São Paulo: Cia das Letras, 1999.
- CANDAU, Vera y otros. *Somos todos Iguais? Escola, Discriminação e Preconceito*, Rio de Janeiro: DP&A, 2003.
- CORTINA, Adela y otros. *Ética*, Madrid: Santillana, 1996.
- CORTINA, Adela. *Aporofobia*, en *El País*, 07 de Marzo de 2000.
- MARTÍNEZ, Emílio. *Aporofobia*, en CONILL, Jesús. (coord.) *Glosario Para una Sociedad Intercultural*, Valencia: Bancaja, 2002, p. 17-23.
- MILLÁS, Juan José. *La diferencia entre el dedo y el pezón*, en *El País*, 08 de Agosto de 2005.
- ROCHA, Everardo. *O que é etnocentrismo?*, Rio de Janeiro: Editora Brasiliense, 1984.
- URQUIJO, Martín. *Razón comunicativa: opción en la relación hombre-sociedad*. En: *Revista de Humanidades*, Universidad Industrial de Santander, Vol. 23 # 2 – Julio-Diciembre, 1994.

Observaciones:

(1) Para las noticias de la “*Revista Veja*” se puede buscar en la página web: www.vejaonline.com.br.

(2) Para las informaciones sobre el “*Hambre Cero*” (Fome Zero) y la “*Beca Familia*” (Bolsa Familia) se puede consultar la página web del Ministerio de Desarrollo Social de Brasil: www.mds.gov.br